

EL PUENTE DE BROOKLYN LOS INGENIEROS ROEBLING

¿Quién no ha de leer con gozo, como un triunfo propio, por ser hombre, una noticia breve de la vida de los dos bravos e ilustres ingenieros que han alzado entre New York y Brooklyn, sobre las ondas del aire, ese solemne y admirable puente, sutil calzada de gigantesca encajería?

La ideó el padre; la hizo el hijo. El padre se llamó Juan Roebling: el hijo Washington. El padre, enamorado de la Libertad, bautizó a su hijo con el nombre de su Pontífice. Jerarquía nueva: cielo nuevo, santos nuevos.

Juan Roebling no nació en los Estados Unidos, sino en la ciudad de Mülhausen, allá en Thuringia, en Prusia.—Su frente, como un dosel, amparaba sus ojos penetrantes, osados y meditados,—y a menudo dulces. Era bueno, como todos los hombres verdaderamente grandes. La piedad es el sello de las almas escogidas. Cuando la Naturaleza escribe, «Grandeza»,—escribe, «Ternura».—Desde niño no jugaba con soldados, de lo que suele venir insana ansia de serlo, sino con libros. Notaban sus amigos, de entre sus cejas pobladas, como de hornos encendidos, sus ojos voraces: y era de aquellos hombres briosos que con sus miradas atrevidas cautivan y encadenan a la tierra, que les abre enamorada y vencida sus senos. Solo que tal dama, requiere amantes tales!

De la Escuela Real Politécnica de Berlín salió Juan Roebling Ingeniero Civil. Como lo manda la ley de Prusia, sirvió tres años, después de su titulación, en las obras del gobierno:—que el que la nación educa, si no aprende para vil, debe dar la flor de su trabajo, y la flor de su vida, a la nación.

Pero en Prusia, si enseñan ingenieros, sofocan almas. Roebling andaba torvo, como grande hombre esclavo. Los hombres pueden levantar puentes, más fácilmente que levantar almas. Los hombres gustan de comer y de dormir, y se entretienen en cortarse las alas, y en ver caer al polvo sus mejores plumas, en vez de ceñírselas a los hombros, para tenderlas vía del cielo. Roebling, airado de vivir en la tierra donde los hombres son, más que fábricas maravillosas, culatas de fusiles, vino a los Estados Unidos de América. La majestad de la selva; el aroma de la naturaleza nueva y libre, el placer penetrante de una creación casi absoluta, y el deleite del alma fuerte en las grandes soledades—llevaron a Roebling al bosque virgen: compró tierras incultas; tendió sobre ellas, a fecundarlas con sus hojas muertas, árboles solemnes, cargados de siglos; sobre la tierra nutrida de hojas amarillas, reverdecieron en tallos fecundos, las hojas útiles. A poco ya era jefe de pueblo, cuando todos los de la comarca cercana, y los de esta tierra toda, puestos en pie, al aire la camisa de labrar, y entrando por el suelo los arados, emprendieron su marcha majestuosa, cercenando montes, tajando valles, secando lagos, cabalgando en ríos. Donde había un canal que abrir, un acueducto que levantar, un puente que tender, estaba Roebling.

Dos madres tienen los hombres: la naturaleza y las circunstancias:—¡cuánto gran poder humano desconocido, que muere sollozando en el vacío! ¡cómo son necesarias para la revelación de la grandeza, el ajuste y feliz encuentro del hombre que la trae consigo y las condiciones que aceleran o favorecen su expresión! En cierto modo la mente de Roebling, prusiana de naturaleza, se tornó en americana; del goce de la libertad y de la presencia permanente de la grandeza, surgió, como refundido en molde nuevo, un nuevo hombre.—Así, cuando tuvo un hijo, no le puso Arminius, sino Washington.

Este puente de Brooklyn que ahora, como por calzada de peregrinaje a nueva Meca, cruzan apiñadas, jubilosas, hirvientes, las multitudes; esta labor excelsa que los estadísticos computan asombrados, los oradores loan con voces magnas y los poetas en arpas limpias y estrofas apostólicas cantan, tuvo numerosos e imponentes padres. Como crece un poema en la mente del bardo genioso, así creció este puente en la mente de Roebling.

Bajo los tilos de Berlín, cuando era mozo, hace como sesenta años, tendía los primeros hilos que ahora, trocados en cables ponderosos, sustentan la aérea fábrica. Su tesis de título fue sobre puentes colgantes. Más que en abrir canales, tender rieles y levantar acueductos, meditaba en suspender puentes de cables de alambre. A poco, ya era dueño de una fábrica de alambres de hierro y de acero. A poco, echa a andar un colosal acueducto de madera por sobre dos cables de a siete pulgadas de diámetro. A poco, tendía sobre el río Monongahela, sobre antiguos pilares, un puente de ocho tramos, de 188 pies en cada tramo, suspensos de dos cables de cuatro pulgadas y media de diámetro. A seguida tiende sobre el Niágara, suspendida de cuatro cables de a diez pulgadas de diámetro, doble calzada aérea de 825 pies de largo, que los nativos del país van a ver en sendas procesiones, y admiran y celebran los grandes ingenieros de la tierra. No bien había anclado a los bordes de la catarata los cables que la salvan, echó otro puente entre la ciudad de Cincinnati y la de Covington, que junta con su arrogante vía de mil y cinco pies, un pueblo al otro.

Dan de sí las épocas nuevos hombres que las simbolizan: ya no fabrican los hombres en el fondo del río, sino en el aire. Se afinan y encumbran los puentes, como el espíritu. Cada siglo que pasa, es un puñado más de verdades que el hombre guarda en su arca. Y véase el camino, y la perfecta analogía entre cada época y su obra mayor. Da el Oriente de los califas, como perfume petrificado, palacios de colores: da la edad teocrática, que nace en Roma antigua y muere en América, torres de religión, en que, sobre los hombros de la Iglesia rica, se alzan los artistas atrevidos, asaltadores de las nubes, rivales hermosos del que, con cincel aún no rehallado, talló en la sombra la Naturaleza. La Francia viciosa se sacó de los senos abiertos a Trianón, coronado de adormideras, orlado de rosas. Y las mayores obras de esta edad de concordia y ensanche, y paso a otro mundo, son un istmo y un puente.

Juan Roebling,—cuyo rostro hozador y pujante, figura ya, como retrato de huésped, en todas las casas de los Estados Unidos—murió de su obra, como mueren todos los espíritus sinceros. Estaba en pie sobre un montón de maderos, que echó abajo de una embestida en el muelle flotante contiguo un vapor celoso, de una de las empresas de vapores que atraviesan el río, y cuya prosperidad queda amenazada por el puente: al caer Roebling, se hirió un pie, que expuso por demasiado tiempo al agua fría, de que murió en dieciséis días, de pasmo. Ni ¿qué importa? Cuando el hombre ha vaciado su espíritu, puede ya dejar la tierra.

Cuarenta y seis años tiene ahora Washington Roebling, su hijo. De las líneas de su padre, ha hecho calzadas, redes de acero, torres, moles. Lo que el padre esbozó, él completó. Lo que el padre no previó, por él fue resuelto. Nunca se había usado el acero para cables de puentes colgantes, y él lo usó: él ideó la difícil juntura de los cabos de rollos de alambre de acero: en máquina *vincesca*, de trazado suyo, subían majestuosamente al tope de las torres, a 100 metros de altura, las masas de granito: domó las resistencias no previstas y algunas tremendas, del agua arrollada y expulsa bajo el aire comprimido: era difícil mantener buenas luces encendidas en el fondo del cajón que sustenta, a 80 pies bajo el agua, la torre de New York, y él halló modo de encenderlas, de sacar de los cajones lóbregos y hondos los materiales excavados, de resolver los problemas nuevos que a cada alambre se presentaban al ajustar los hilos en el cable, por ser el cable tan recio y grueso, y de alambres tantos, que requería cada hilo en el ajuste su propia longitud y altura.

Y a veces, cuando en su cerebro fatigado, su pensamiento fugaz y como volátil luchaba rudamente por huir—cual caballo que tasca de mal grado el freno, o vapor sujeto al muelle por flojas amarras—de su casco de huesos, su mujer piadosa como gallarda amazona que acaricia el cuello de corcel piafante, fortalecía su idea rebelde, remataba sus cifras incompletas, sacaba a lo alto la verdad que las manos desmayadas de su marido habían estado a punto de dejar caer. Una mujer buena es un perpetuo arcoiris.

Su vida quedará contada a paso de periódico. De niño, jugaba con los puentes de su padre: de mozo, le ayudaba a perfilar diseños, idear torres y templar en los hornos

gigantes el acero y el hierro, y probar el acero, hasta que resistiese su presión, en la máquina hidráulica, preparada a punto de romper. Cuando se alzaron del Sur las huestes colosales e infelices, que más que su propia libertad, querían la de gozar sin molestia del abominable derecho de señor sobre los siervos negros, ni vio a las arcas de su padre rico, ni tuvo en mientes los halagos de la vida bella que comenzaba a sonreír al ingeniero joven, celebrado y apuesto,—sino que, con la capa azul del soldado, que flotaba sobre los hombros de aquellos bravos como alas, se puso al pie de la bandera del Norte. Blandió el acero doblemente: en sable, sobre los enemigos; sobre los ríos, en puentes. Parecía que llevaba la espalda llena de ellos, y no bien salía al paso del ejército triunfante una corriente adversa, se desceñía de la aljaba un puente colgante, y lo tendía por sobre el río. Ganó premios, y fama de osado; y el temple que da al alma el enrostramiento frecuente del peligro. Como el padre estaba en serias obras, en la de Cincinatti, que a cada paso ofrecían problemas nuevos, por lo difícil de lo sostenido y preciso del trabajo en el aire comprimido, viajó por Europa, a acaparar ciencia neumática. Volvió; trabajó con el padre hasta su muerte; quedó después de ella con el manejo de la fábrica del padre, la intendencia de su hacienda pingüe, y la creación penosa de la gigante maravilla.

Pasaba el día en la cueva de aire comprimido, entre miasmas de lodo y astillas de roca, enfrenando el agua rebelde, animando a trabajadores medrosos, con sus manos mismas palpando la húmeda entraña de la tierra! Véngase la tierra de los que la descubren: y de toda superioridad de sus hijos, que como daga loca vuelve contra el mismo que la ciñe. Trabajaba demasiado en aquel lóbrego cajón el ingeniero,—y lo sacaron un día en brazos, ida al cerebro y a las partes blandas del cuerpo la sangre aglomerada: a otros, esta enfermedad del cajón abate, como a un tronco un rayo: les pega a la espalda el pulmón: les hipertrofia el hígado: a Washington Roebling lo ha dejado vivo, como si lo estuviera sobre llamas. Ni en un ápice ha turbado su juicio; pero oír mucho, hablar mucho, concentrar su atención mucho, le enciende el pensamiento, y le da suelta, como si quisiera con los efluvios que de él brotan, sacar de quicio el cráneo.

Y durante doce años ha dirigido así este hombre, desde la silla en que postraba su cuerpo abatido en el balcón de su casa, que domina el río,—la fábrica del puente. ¡Bien es que, puesto que los tiempos andan, no sea ya Minerva, hetaira formidable y caprichosa, la que salga armada de la cabeza de Júpiter! Desde un sillón de cuero, en lúgubre alcoba, miraba en otro tiempo Felipe II, acariciando pomos de daga y criando odios, oficiar en altar solitario a sus sacerdotes, sobre cuyos rostros, con los reflejos del sol en el bronce de los ángeles hincados en los peldaños del arca, parecía ondear perennemente el estandarte verde que levantaba el Santo Oficio por entre las hogueras de la Plaza Mayor. Ahora, desde otro sillón regio, acariciando compases y muestras de material de construcción, un hombre sin corona la pone al mundo nuevo, y ve oficiar en dos pueblos,—entre los que, como altar adonde comulguen en la religión nueva, tiende un puente,—a dos millones de sacerdotes que trabajan! Pues Rey por Rey, Dios guarde al Rey de ahora, que echa puentes y no quema!

La ciudad entera ha ido a llevar flores y vocear hurras, al pie de la habitación donde forjó la maravilla el ingeniero enfermo.

La Nación, Buenos Aires, 18 de agosto de 1883.

[Mf. en CEM]